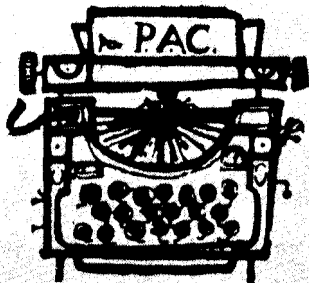


escrito a máquina

Notas de viaje

LOS CORCELES DE VENECIA



Los corceles de Venecia

Cuando cayó Roma, dividida primero e invadida luego por los bárbaros, el emperador Justiniano, admirablemente secundado por su esposa Teodora —se propuso continuar el esplendor de su imperio en el límite de Europa, en el Bósforo. Constantinopla pasó a ser el centro del mundo civilizado. La nueva Roma de Oriente. La Roma q' llegó hasta nosotros en su tradición jurídica—la del Digesto, la de los Pandectas y de la Instituta: la Roma del "Derecho Romano" no fue la de Augusto, sino esta Roma bizantina que también levantó —en un mestizaje incomparable de oriente y occidente— una arquitectura como la de la Basílica de Santa Sofía, y un arte, como el de sus mosaicos, jamás igualados. Símbolo del poder de esa Roma eran cuatro enormes caballos de bronce, hechos en Alejandria, tres siglos antes de Cristo, robados luego por Roma y trasladados después frente al Bósforo por Justiniano.

Frente a esos corceles estoy ahora, pero no en Constantinopla sino en Venecia, su heredera. Los potros de bronce integran la fachada de la Basílica de San Marcos, basílica de típico estilo veneciano que mezcla lo bizantino, lo románico y lo gótico en una fascinante armonía de culturas y edades. ¡Larga historia ha tirado esa cuadriga de caballos para llevarla, desde la Alejandria griega hasta la Venecia italiana: hermosa continuidad de herencias que hizo posible esta ciudad única cuya originalidad está basada en la promoción de lo propio y en el aprovechamiento de lo ajeno!

Venecia es uno de los más altos y hermosos ejemplos de respuesta a lo que Toynbee llama "la incitación al reto de un medio adverso". Huyendo de los bárbaros sus primitivos pobladores se refugiaron (como los mexicanos en Tenochtitlán) en unas isletas de canales fangosos de una laguna o ensenada del mar Adriático, edificando ahí un cacerío como nuestro San Carlos, de casas en zancos, de madera. Unos siglos después Venecia (o Rialto, como entonces se llamaba) ha sobrepasado en poder y riqueza a todas las ciudades del Mediterráneo y es la reina indiscutida de este mar latino. Para los conceptos del mundo actual, Venecia en su esplendor, sigue siendo una ciudad pequeña, pero unida por el mar y por el mar abierta, ha sabido ser ella misma (con voluntad isleña) pero también asimilar lo foráneo (con voluntad navegante), estructurando una Ciudad - Estado con tal sentido y sistema de gobierno que pronto se convirtió en el modelo ideal del arte de gobernar de toda Europa.

Otro día hablaré de la magia de esta Ciudad-Esposa de Neptuno. Me interesa ahora limitar mis reflexiones a la lección política de Venecia. Porque así como en nuestra edad contemporánea fue el sistema de gobierno de Estados Unidos el paradigma de los sistemas, y el mundo —hasta la Revolución Rusa— imitó (a veces estúpida y servilmente) su entonces revolucionaria Constitución; así, en tiempos anteriores —desde el "Cuatrocientos" hasta la "Ilustración"— fue el sistema veneciano el régimen político ideal y el que más tratados y estudios provocó entre humanistas y políticos, sobre todo en los siglos XVI y XVII.

¿Por qué esa admiración por Venecia? —Porque acertó con un sistema de equilibrio de poderes que hacia posible, LA EFICACIA, LA PARTICIPACION, LA LIBERTAD y LA JUSTICIA. Los cuatro caballos de bronce, con su cuádruple fuerza y perfección, parecen simbolizar estas cuatro virtudes del buen gobierno que rara vez se dan juntas.

El poder del Dux o "Doge", como dicen los venecianos, que por unipersonal tenía el peligro de convertirse en tiranía o en absolutismo, era contrarrestado por el Gran Consejo de los 500 —que llegó a tener hasta 1.200 representantes— poder legislativo que elegía de su seno los Correctores y fiscales encargados de vigilar al Dux y demás políticos para que, como dice un viejo documento, "no se convirtieran en amos". El peligro de demagogia de esta gran asamblea, era, a su vez compensado por el pequeño Consejo de los Pregadi, de diez miembros elegidos —como dice otro documento de la

época— "no entre los más ricos y poderosos, sino entre los de mayor mérito y más sabios" (Contarini dice que estaba compuesto por "los sabios de tierra firme y los sabios del mar"); consejo de carácter ejecutivo sin cuyo consenso el Dux no podía tomar ninguna decisión. Y, finalmente, como cuarto poder moderador de los anteriores, el Colegio de los Magistrados, funcionarios independientes cuya justicia no se detenía ante nadie.

Que su equilibrio de poderes no era una farsa, como entre nosotros, nos lo testimonia —entre otros— Jerónimo Román, historiador español de aquel tiempo: "Son los venecianos, dice, gravísimos en sus consejos y severos en castigar los delitos, no perdonando ni al Duque... De este modo las consecuencias resultan favorables a la libertad... Cada uno dice libremente lo que quiere y sin respeto a nadie acusan al que pretende ser más que un ciudadano libre".

Que no era una farsa el celo y aun el orgullo q' el veneciano desplegaba y sentía por sus sistema político, lo ven mis ojos, no sin sorpresa, cuando entro al "enorme y delicado" Palacio Ducal y en la inmensa sala donde se reunía el Gran Consejo —alarde de arquitectura con sus 50 metros de largo y 25 de ancho sin una sola columna que sostenga el pesado y lujoso artesonado del cielo— recorro los retratos de los Duces que en lo alto de las paredes circundan todo el salón, y al llegar al año 1295, en vez de retrato veo la pintura de una siniestra tela negra y al pie esta inscripción: "Hic est locus Marini Faletri, decapitati pro crimínibus". Con el título de "criminal", no sólo fue decapitado, sino excluida la efigie de Marin Faliero porque trató de convertirse en dictador. Igual suerte corrió en 1310 el Dux Bajamonte Tiepola, a quien, por buscar el auxilio extranjero para organizar una tiranía, la implacable Venecia lo llevó al patíbulo y le



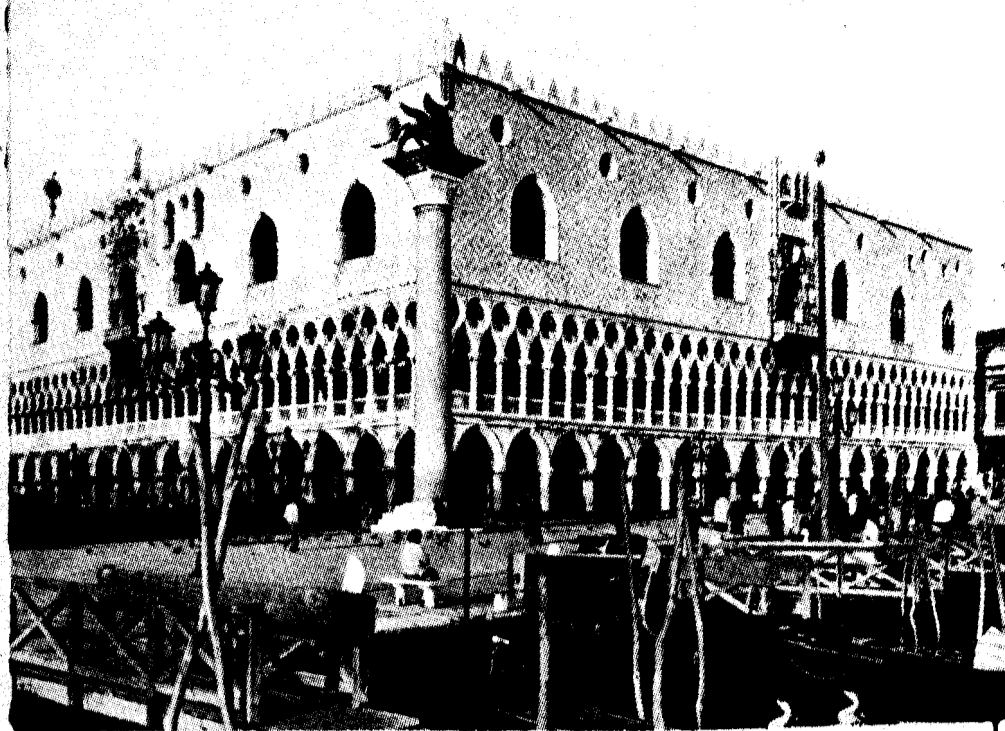
El Puente de los Suspiros

dio para siempre en su historia el nombre de "Traidor".

La Europa de aquel tiempo y la del Renacimiento, sumida en señorios y reinos absolutos, miraba aquel régimen con encandilados ojos de admiración. "Los venecianos han llegado a alcanzar muy gran potencia porque su manera de gobierno es de las mejores del mundo", dice un cronista español del XIV. —"Venecia es el orden ideal que consiste en el equilibrio— dice Giannotti, en el XVI —"Y ante la dificultad de mantener ese equilibrio, cuando hay q' inclinarse hacia alguien, Venecia lo hace hacia el pueblo". Y el francés Cornmines, consejero de Luis XI, dice: es la ciudad "que plus saigement se gouverne", que más sabiamente se gobierna. Y otro cronista anota admirado que el Dux sale a la calle, llevando la espada envainada y acompañado de algunos gentilhombres. Y el citado Román —español del Siglo XVI— comenta: "La causa de haber crecido esta república no fue en los principios la mucha riqueza que tuvieron sus fundadores, ni los tratos por mar con sus mercancías, sino un gobernar entre si con gran consejo y prudencia, no pretendiendo cada uno más interés que el común". (¡Hermosa lección humanista para nuestros negociantes del desarrollo!).

Pero Venecia no sólo inspiró tratados políticos, sino también revoluciones. En Florencia, el sistema de gobierno que propuso Savonarola en su famoso levantamiento popular, fue un calco del de Venecia; y los Comuneros castellanos, levantados contra el absolutismo, proclamaban un sistema de gobierno donde "todos fuesen iguales, todos pechasen a manera de la señoría de Venecia".

En realidad la historia del régimen de Venecia no fue siempre ejemplar. Tuvo, como todo lo humano, sus periodos negros, no de equilibrio, sino de lucha de poderes. En ocasiones la nobleza desequilibró en sus provecho el poder. En otras ocasiones los "Doges". El Dux Gradenigo por ejemplo, hizo pasar una ley que excluía al pueblo del gobierno, pero estallaron revueltas y el equilibrio se repuso. Lo que admiraba a Europa eran esos retornos a la continuidad: "su constitución ha durado mil ciento sesenta y cinco años y todavía muestra que puede durar hasta el infinito" dice Sansovini en el Siglo XVI. Si, ciertamen-



El Palacio de los Duces.

te, Venecia tuvo sus lacras y sus "Watergates" y quizá por esa experiencia de las ambiciones que promueve la política, Venecia tuvo que ser muy severa para conservar su sistema de gobierno. Pasando por un puente, se atraviesa un canal que separa el Palacio Ducal de las prisiones; se pasa del esplendor a la lobreguez. Nunca vi tantas celdas tan rigurosamente embarratadas! Eran el contrapeso de un régimen que el mundo admiró por siglos. En la humedad de su penumbra sentí la sublevarción romántica que sintió el pintor Delacroix cuando inventó el retrato del Dux decapitado a quien la historia de Venecia negó su efigie. Era una víctima. ¿Y quién puede fiarse de la justicia humana? Delacroix era un artista reaccionando contra la política.

Pero pasada la emoción, repuse mi pensamiento. Severo y vigilante tiene que ser el hombre para preservar su libertad. Todo pueblo que ha tomado en broma la tiranía, ha tenido después que llorar en serio su esclavitud. Si hubiera

triunfado el Dux tirano, las prisiones que hoy me conmueven y duelen se hubieran ampliado infinitamente hasta encerrar a toda la ciudad. Porque la tiranía es una cárcel que todos los días se amplía. Primero te arrebató el derecho de opinar, después te impone la opinión que debes tener. Primero te obliga a darle participación en tu negocio, después te quita el negocio. Primero te niega tu libertad de votar, después te obliga a votar por la tiranía...

Con estos pensamientos atravesé de nuevo el puente q' une las prisiones con el Palacio Ducal. Los venecianos, con su admirable sentido poético le llaman "El puente de los Suspiros". Se suspira camino de la cárcel, allí donde la libertad llena los pulmones. Seguramente en mi patria, de existir ese puente, llevaría otro nombre más prosaico. Se llamaría tal vez el puente de los culatazos, porque nuestras exquisitas autoridades cuando aprisionan a no dan lugar a suspiros...

PABLO ANTONIO CUADRA